

Ramón del Castillo, *Filósofos de paseo*, Madrid: Turner, 2020

DANIEL DÍAZ RAMÍREZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

¿Por qué se echan andar los filósofos? ¿Qué descubren ahí afuera que no podrían haber descubierto en un interior? ¿Qué relación tiene su forma de moverse con su forma de pensar? Estos tres cuestionamientos recorren el libro *Filósofos de paseo*, de Ramón del Castillo, con el que se suma a la selecta lista de obras que hablan sobre el caminar y la relación que tiene con el pensar.

El paseo filosófico de Ramón del Castillo inicia con pensadores como Kant, Hegel, Nietzsche, Adorno, Wittgenstein, Sartre y pasa necesariamente por Fowles y Walser. El libro, confiesa el autor, está dedicado a personajes que destinaron largas disquisiciones al futuro de la Humanidad y de la Naturaleza.

Este libro, precisa, se caracteriza más por la digresión que por constituirse en un tratado sistemático o de concertada meditación. Pero que nadie se engañe, previene, el paseo que ofrece es simplemente interminable y no busca aportar ideas que conviertan al paseo en un producto más del consumo que ofrece el mercado de la felicidad.

Se trata, advierte del Castillo, de una crónica de los espacios por los que deambularon Wittgenstein, Heidegger, Adorno y Sartre, que puede ayudar a entender mucho mejor algunas claves de su pensamiento. Además, recrea sus idas y venidas por los lugares que frecuentaron, desde calles, jardines y espesos bosques.

En un mundo de mierda, lanza del Castillo, todo el mundo se apresura en resultar edificante y transmitir buenos sentimientos donde la moda del caminar no se ha quedado atrás. Aunque quizá el caminar también puede revelar una imagen oscura de la existencia, más angustiada y desorientada. ¿Es que nunca caminamos por ansiedad, por aburrimiento o por pánico? Caminar no solo inspira humildad y solidaridad, también puede infundir temor y enmudecimiento.

En la primera parte de la crónica *–Pensadores al aire libre. De Kant a Hegel–*, el autor señala que el paseo sigue siendo un pretexto para hacer gala de una inmensa profundidad y para disfrazar los aires de superioridad con ropajes campechanos. Estos filósofos no están en las nubes, se mueven a ras de tierra, pero miran hacia el suelo por condescendencia. Durante el paseo del filósofo no se gritan ni se cuentan historias absurdas, no se juega ni se canta, no se defeca ni se reproducen accidentes, no salpica el barro ni se provocan heridas, ni se arman discusiones ni se recogen flores. El silencio que buscan estos filósofos también es muy especial. Lo necesitan para auscultar las resonancias del Ser, pero no para relajarse hasta quedarse dormidos y descansar. Algunos filósofos de jardín en el fondo son parecidos, aunque su escenario es urbano y su prosa más modesta y doméstica.

El paseo de Kant es, sin duda, de los que llaman más la atención en la historia del caminar, pues paseó, sí, pero de una forma que muchos juzgarían mecánica. Se levantaba, tomaba café, escribía, impartía clases, comía y, luego, paseaba; todo tenía su hora señalada y los vecinos sabían con exactitud que eran las tres y media cuando, vestido con su gabán gris y el bastoncillo español en la mano, salía de la puerta de su casa y se iba de camino de la pequeña alameda de tilos que aún hoy se llama, en recuerdo suyo, el paseo del filósofo.

Hegel, en contraste, no suele aparecer en las historias del caminar, muy probablemente, estima del Castillo en su crónica *Filósofos de paseo*, porque desecha ese sentimiento de lo sublime que los románticos convirtieron en su marca distintiva. La filosofía de Hegel funciona así: todo lo que a los románticos les hacía elevarse, él lo devuelve a la más pura inmanencia. Su ascensión al Mont Blanc no lo impresionó, pues ver grandes masas de hielo en pleno verano puede resultar llamativo, añadió, pero nada más. Hegel desromantiza las típicas idealizaciones de los habitantes de la montaña. Caminar con el joven Hegel no debió de ser fácil, aunque lo mismo era divertido.

En el apartado *Sin vuelta atrás* del Castillo destaca que Nietzsche es el otro gran precursor de una forma de entender la filosofía liberada de las viejas tradiciones. Para Nietzsche pensar es una forma de deambular, pues solo los pensamientos que se vienen a la cabeza andando tienen va-

lor. En *Ecce Homo* dijo aquella famosa frase de que hay que permanecer sentado lo menos posible, porque todos los prejuicios vienen del intestino, así que no hay crédito a ningún pensamiento que no haya surgido al aire libre y que no vivifique los músculos. Los grandes pensadores, asegura del Castillo, siempre se han sentido más atraídos por lo sublime que por lo común. La mayoría de los filósofos del siglo xx no se han sentido atraídos por el jardín público.

En *Sendas prohibidas* –apartado dedicado a Heidegger– señala que el pensar no es llegar a un sitio, sino ponerse en camino, en movimiento. Ese camino se hace al andar, o sea, al pensar, pero el trayecto es infinitamente más largo y lento de lo que se puede prever y requiere espera, paciencia, tranquilidad. Las preguntas que hace el filósofo abren caminos, pero la cuestión última es mantenerlos despejados. Otros emprendieron el camino del pensar antes, pero Heidegger cree que se puede mantener en él de forma más radical y pura. El pensamiento auténtico –dice– es el que está de camino.

Adorno no niega, en cambio, que pueda existir una experiencia de la naturaleza, solo que no la identifica con la costumbre burguesa de ser muy sensibles a la naturaleza. Pero, ¿cuál sería esa experiencia de la que habla Adorno si como dice él hasta la experiencia del silencio se ha convertido en un raro privilegio que es explotable comercialmente? Las experiencias de Adorno al aire libre y en ciudades, nos cuenta del Castillo, son testimonio de una filosofía que trata de seguir el ritmo de los tiempos, aunque sea negativamente, tratando de percibir una nueva banalidad que le llame la atención y a la vez le aterra, señalando, aquí y allá, ejemplos de algo más absurdo que una experiencia empobrecida, signos de una nueva forma de sentir que se trunca cada vez que se empeña en superarse a sí misma.

En el apartado *Ni monje, ni jardinero*, del Castillo centra su atención en la filosofía de Wittgenstein, pues resulta atractiva, entre otras cosas, porque no es una filosofía hecha desde las grandes cimas, sino desde la altura de un transeúnte común, un participante de la vida diaria, vida que se convierte en horizonte último y límite de la reflexión.

Acerca del andar de Sartre, en el apartado *El jardín de la náusea*, del Castillo asegura que este se desarrolla fundamentalmente en el espacio urbano, un espacio de lugares públicos. Podríamos plantearnos cómo

Sartre y otros filósofos después de él analizaron el reconocimiento en espacios abiertos; y deberíamos agradecer –nos sugiere– que Sartre usara el jardín como escenario oscuro de la pérdida existencial y no como ese espacio idílico en el que predica la nueva ética de la felicidad.

Por lo que respecta a John Fowles, el autor de *Filósofos de paseo* dice que seguir su camino nos ha llevado demasiado lejos, pero merecía la pena seguirlo porque su visión de la naturaleza es mucho menos pretenciosa que la de la filosofía, aunque no menos profunda. Al igual que Adorno y Hegel, no figura en las historias recientes del caminar. Respecto a Robert Walser, lo que se dice es que alaba el campo frente a la ciudad, pero es un campo que no existe más que dentro de su cabeza, un campo estampado en su interior. La naturaleza hay que tenerla aquí dentro, igual que la poesía, el hombre de ciudad ya no puede permitirse sentarse ante la naturaleza. Tiene que crearla.

Y, sin embargo, los filósofos, asegura el autor de esta crónica, siempre han tenido bastante miedo a perderse. Por ejemplo, Descartes en *El discurso del método* comparó una de sus máximas con la actitud de un caminante que al perderse en el bosque no se queda quieto en un lugar, ni vaga de un lado a otro, sino que camina siempre en línea recta, hacia un lugar fijo, sin cambiar el rumbo. En la segunda parte de la obra, justo después de ponerse al calor de la estufa, refiere el autor, Descartes también confesaba toda su filosofía urbanística, criticando las intrincadas ciudades que no estaban diseñadas desde el principio con un plan geométrico. En este sentido, asume que habrá filósofos que perderán el miedo a perder el rumbo y que se tomarán la filosofía más como un errar o un devenir, en vez de como un sistema de orientación o de posición.

Filósofos de paseo se incorpora a la selecta lista de libros sobre el caminar que recientemente ha tenido un giro gracias a Rebeca Solnit, *Wanderlust* (Capitán Swing, 2015), y a Frédéric Gros, *Andar. Una filosofía* (Taurus, 2014). En esta crónica el autor provoca la necesidad de reflexionar sobre el simple hecho del caminar como un problema de la filosofía y nos coloca ante el desafío de resolver, no si existe o no una relación entre el caminar y el pensar, sino la dimensión que esta actividad cobra para el pensamiento filosófico en la actualidad.